

¿Derecha o izquierda?

Los analistas, los periodistas políticos y algunos académicos han venido utilizando en sus análisis de forma reiterativa las palabras “derecha” e “izquierda”. Estudiando esta diada, es posible encontrarse múltiples miradas académicas dentro de la Historia, la Ciencia Política y el Derecho Constitucional.

Esta visión de la derecha y la izquierda surgió en Francia en el ámbito de la Revolución Francesa. Durante el mes de septiembre de 1789, los partidos se ubicaron en las tribunas de la Asamblea Nacional. Los gobiernistas que seguían convencidos de la existencia de la monarquía se dispusieron a la derecha, y quienes se opusieron al poder real (Jacobinos), y además motivaron la violencia en Francia, se establecieron a la izquierda. Aquellos que estuvieron en el centro eran los indecisos; los moderados.

Esta construcción, como se observa, era netamente espacial. Tal vez, esta forma de ubicarse en el hemisferio estaba dada por la idea religiosa, que, paradójicamente, condenaba a la revolución: a la derecha del padre se sientan los elegidos; a la izquierda, los rechazados. No es gratuito que en italiano la palabra *sinistra* es izquierda y en castellano la palabra “sinistra” nos conduce a la perversidad o mala intención. Incluso, esa palabra se asimiló a lo femenino en el mundo griego y a la brujería en la Edad Media. Una forma de excluir.

En el campo de la Ciencia Política, las expresiones “derecha e



FRANCISCO BARBOSA
Ph.D. en Derecho Público
Universidad de Nantes (Francia).
Docente Universidad Externado,
@frbarbosa74

izquierda” han dado mucho de qué hablar. En ese aspecto, se destacan autores como Revelli, Gustavo Bueno, Confrascisco, Rawls o el mismo pensador Norberto Bobbio quien escribió un célebre opúsculo intitulado *Derecha e izquierda: razones y significados de una distinción política* (Taurus), 1995. En el libro, Bobbio plantea que la derecha y la izquierda no pueden ser miradas desde una perspectiva simple, sino con una cierta complejidad. Por ello, el autor indica que la lucha por resolver la desigualdad es una de las características de la izquierda. La derecha, por su parte, privilegia la libertad de los individuos para que se produzca su igualdad y la autoridad. Empero en medio de esa diada, se ubican, como advierte Bobbio, la centro-derecha (ideas libertarias y no igualitarias con respecto al principio de la igualdad ante la ley), la centro-izquierda (ideas igualitarias y libertarias), la extrema izquierda (ideas igualitarias y autoritarias) y la extrema derecha (ideas antiliberales y antiigualitarias).

Por último, estos dos enfoques disciplinares deben dialogar con el constitucionalismo. Es así como en Colombia, existe un Estado social de derecho cuyo catálogo de derechos políticos, económicos, sociales y culturales han sido desarrollados por la Corte Constitucional. También se establece en el artículo 2º de la Constitución de 1991 el principio según el cual el Estado debe garantizar la vida, honra y bienes de los ciudadanos. En la Carta se recuerda que la paz es un derecho y deber de obligatorio cumplimiento y que la seguridad es un mandato constitucional y, por ende, debe entenderse como un bien público.

En ese sentido, el igualitarismo propio “de la izquierda” y la “libertad” propio de la derecha hacen parte de la Constitución como un todo, estableciendo un marco moderado y centrado para desarrollar el Estado social de derecho. Sobre este particular, el exministro y exfiscal Alfonso Gómez Méndez, en su columna en *El Tiempo* titulada *Confusión Política* (mar. 7/18) señala que: “Si propender por el respeto al Estado de derecho y las instituciones, a las decisiones judiciales, al adecuado manejo del orden público, al combate de todas las formas de criminalidad es bandera de la derecha, también lo sería la Constitución, que plantea tales principios (...). Lo que de veras le conviene a Colombia es aplicar los postulados de la socialdemocracia (inmersos en nuestros textos constitucionales), que, sobre la base del respeto al orden y a la propiedad privada, propenden por la distribución de la riqueza, la igualdad y la justicia social”.

PÁG. 15 ►►

El Derecho Internacional Privado colombiano: ¿un derecho crepuscular?

Con una pregunta similar en mente, el respetado jurista Jürgen Basedow, por muchos años director del Instituto Max Planck de Derecho Comparado e Internacional Privado, comienza un viaje intelectual, al cabo del cual logra dar plena cuenta del devenir del Derecho Internacional Privado (DIP), que de ser en sus orígenes una disciplina de estirpe doctrinaria y pretoriana con la que se podían acantonar los derechos internos en un lugar donde nada era totalmente claro y previsible —y de allí su expresión crepuscular—, ha transitado a otro lugar en el que son las reglas privadas de tipo imperativo y las de Derecho Público las que limitan el alcance de nuestra querida disciplina.

El título escogido por el distinguido académico para identificar su obra recientemente traducida al español (*El derecho de las sociedades abiertas*, Legis, 2017), por su proximidad con figuras locales propias del Derecho Societario, no logra captar a plenitud la tesis de la investigación. De lo que se trata en realidad es de demostrar que el patrón conflictualista del DIP —por el cual, para una situación de alcance internacional, puede establecerse un marco normativo de referencia



ADRIANA ZAPATA
Doctora en Derecho

“Un país que ha establecido como política de Estado la internacionalización de su economía debería contar con una codificación en la materia y no dejar el asunto a la incertidumbre de las luces crepusculares”.

para anclar allí la relación en consideración— ha dejado de cumplir a cabalidad el objetivo de previsibilidad que originó su surgimiento.

Ahora bien, ¿qué explica este decaimiento del papel de la regla de conflicto? Para Basedow, la

razón se encuentra en la enorme compenetración económica de nuestros días, que lleva a la “multijurisdiccionalidad”, es decir, a entender que cuando una relación es internacional, de hecho se afecta por múltiples legislaciones, las cuales buscan la aplicación de sus reglas, vía normas imperativas y de conflicto. Esta realidad, que caracteriza al DIP de hoy, marca un fuerte contraste con la visión más tradicional, de acuerdo con la cual, el objetivo es arraigar la relación en un solo sistema legal, desconociendo el impacto de esta solución sobre las necesidades de seguridad jurídica de los particulares afectados. El paradigma dilemático del DIP clásico hace crisis, en la medida en que se ha consolidado el concepto de “sociedades abiertas”, es decir, integradas en sus elementos sociales, económicos, culturales y, por supuesto que sí, jurídicos.

Como evidencia de esta nueva tendencia, hemos asistido a la codificación del DIP en los distintos Estados, mediante leyes que sistematizan las reglas de conflicto, lo cual abona a la previsibilidad, en la medida en que no se trata más de reglas creadas por jueces o planteadas por la doctrina. Más certidumbre se logra cuando a escala

PÁG. 15 ►►

Jaime Vidal Perdomo: padre del Derecho Administrativo

Para decir que mi vínculo con el maestro y tratadista Jaime Vidal Perdomo fue cercano e inescindible. Por su condescendencia y generosidad durante más de siete años, me desempeñé como su profesor auxiliar en la cátedra de Derecho Constitucional, de Teoría General del Estado y de Derecho Constitucional Colombiano, en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad del Rosario; el doctor Jaime fue, además, uno de los padrinos de mi matrimonio. Permanentemente, fui beneficiario de su consejo agudo, reposado y metódico. También compartimos el foro arbitral, al concurrir simultáneamente en la gestión del Centro de Arbitraje de la Cámara de Comercio de Bogotá,



HERNANDO HERRERA MERCADO

Arbitro y miembro de la Corte de Arbitraje de la Cámara de Comercio de Bogotá

“El legado del doctor Jaime es evidente, una bibliografía jurídica ineludible, una trayectoria preclara y ajena a cualquier tipo de egocentrismo, decencia en mayúscula y ausencia de tachas o máculas”.

Administrativo colombiano. Sus textos son reputados como verdaderos clásicos de la literatura jurídica, con proyección nacional y foránea, e inagotable fuente doctrinaria para estudiantes o profesionales del Derecho y funcionarios judiciales de todos los rangos. No menor su contribución al constitucionalismo moderno, donde también tuvo obra prolífica extendida por todo el continente y citada frecuentemente en Europa.

Catedrático dogmático y riguroso, pero afable. Establecía distancia respetuosa con sus alumnos, pero sin ser displicente o desconsiderado. Por el contrario, nunca rehuía el diálogo con los estudiantes, a los cuales convidaba a caminatas de disertación a la manera aristotélica de la llamada escuela peripatética, dado que al filósofo le gustaba caminar mientras impartía sus clases. El doctor Jaime era un hombre en extremo dedicado y entregado a sus responsabilidades profesoras. Antes de calificar los exámenes, por ejemplo, solía leerlos dos veces. La primera nota iba a lápiz, porque era provisional, y la segunda, que era la definitiva y servía para refrendar la anterior, la que se escribía con tinta permanente. Mientras que dictaba clase, solía ir poniendo glosas en sus textos con el ánimo de ampliar su contenido para futuras ediciones.

PÁG. 15 ►►